

Los pescadores

Hans Kirk



colección letrasnórdicas



Los pescadores

Hans Kirk

Nørdicalibros
2021

Traducción de
Juan Mari Mendizabal

Título original: *Fiskerne*



Danish Arts
Foundation

© Hans Kirk & Gyldendal, Copenhagen, 1928.

Publicado por acuerdo con Gyldendal Group Agency

© De la traducción: Juan Mari Mendizabal

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Avda. de la Aviación, 24 - CP: 28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: mayo de 2021

ISBN: 978-84-18451-66-9

Depósito Legal: M-10133-2021

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impreso y encuadernado en Kadmos
(Salamanca)

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En el extremo del embarcadero había un pequeño grupo oteando el fiordo en el cálido atardecer veraniego. Iban vestidos con elegantes trajes azul marino, botas brillantes y sombreros oscuros. Eran los pescadores de la costa oeste, que esperaban la llegada del barco en el que venían sus esposas e hijos.

Se había decidido que iban a establecerse allí y quedarse para siempre. Habían comprado derechos de pesca de anguila, y también redes de cerco. Povl Vrist llevaba varios años residiendo allí, estaba satisfecho y ganaba un buen dinero. Los demás acudían solo en temporada: llegaban en primavera, cuando empezaba la campaña del arenque, y volvían a la costa oeste en otoño, después de recoger las trampas para anguilas.¹ Pero esta vez iban a mudar de residencia. Mientras las familias vivieron en las comunidades de la costa oeste, su hogar estuvo allí. Pero ahora las cosas iban a cambiar.

Todos lucían una expresión solemne. No era difícil, pues iban vestidos con sus mejores galas, que solo se ponían para ir a misa o a funerales. Despedían un penetrante olor a solemnidad. Pero Anton Knopper dijo que era conveniente que vistieran sus mejores trajes, a fin de que las mujeres se dieran cuenta de que eran bienvenidas. Anton Knopper era así de considerado; y tenía razón, era un gran acontecimiento.

Cuando trataba de bromear, los demás sonreían por pura cortesía. Anton estaba soltero y no tenía responsabilidades en

¹ Una trampa para anguilas consiste en una red con forma de bolsa, que lleva en su interior otra red con forma de embudo que impide que los peces atrapados puedan salir. La red se fija al fondo con estacas cuando hay marea baja. (*Todas las notas de esta edición son del traductor*).

las que pensar. Pero ahora, de pronto, la empresa parecía muy arriesgada. En la comunidad de la costa oeste era difícil encontrar sustento. Si la pesca iba mal un año, surgían la penuria y los lamentos; pero recordaban con cariño el salitre del mar y los días de viento. Su destino en aquella costa extraña estaba ahora en manos de Dios.

Lars Bundgaard tenía preparada su lancha para poder desplazarse hasta la goleta en cuanto echara anclas. Su rostro orlado de barba oscura estaba quemado por el sol y el alquitrán. Era alto como un gigante, y tenía unas manos enormes y huesudas. Lars Bundgaard estaba callado e inquieto, y no le faltaban razones para ello. Malene estaba embarazada y a punto de dar a luz. Aunque tuvo sus dudas sobre si se atrevía a viajar, al final lo hizo.

El sol no se había puesto aún. De los prados se elevaba el dulce olor a heno. Unos mozos se bañaban en medio del fiordo, saltando desde un barco. Al nadar, sus cuerpos blanco-plateados relucían como el nácar. Una cálida placidez flotaba en el atardecer. Jens Røn estaba junto a Laust Sand. Casi ni recordaban cuánto tiempo llevaban pescando juntos. Ambos eran algo encorvados, pero aparte de eso no se parecían en nada. Jens Røn era ancho y fornido, su rostro de barba roja descolorida mostraba a veces un destello de picardía, a pesar de lo mal que lo había tratado la vida. Le habían tocado en suerte la pobreza, los años malos y todo tipo de contratiempos. Ahora lucía una sonrisa cauta y esperaba con ilusión la llegada de Tea. Había alquilado una casa, vieja y achacosa, pero esperaba poder tener su propia vivienda en el futuro. Y en cuanto a sus hijos, a Jens Røn le parecía que llevaba años sin verlos, aunque solo habían pasado cinco meses desde la última vez.

Laust Sand era alto y flaco, y de entre su oscura barba desgredada asomaba un rostro deprimido. Sus ojos lagrimeaban con facilidad. Laust Sand era viudo, y esperaba a su hijastra, Adolfine, que iba a ocuparse de la casa.

Ninguno de ellos era un jovencito, pero tampoco eran tan viejos. Laust Sand era el mayor, y acababa de cumplir los cuarenta y cinco. El más joven era Povl Vrist, con treinta y cuatro años. Lars Bundgaard, Anton Knopper, Jens Røn y Thomas Jensen andaban por los cuarenta. Aún les faltaba mucho para llegar a la vejez, y no parecía que ninguno fuera a sufrir escasez. Dios proveería por ellos, pues sin Él no había progreso terrenal posible, bien que lo sabían.

Povl Vrist tenía buena vista, y fue el primero en divisar la goleta, un puntito en la parte oeste del fiordo.

—Me parece que ya viene —anunció. Y pronto se oyó el traqueteo de motores, que despertó un eco lejano en las colinas del sur.

Las mujeres, de pie en la proa, tenían la mirada fija en la tierra extraña. Hacia el sur, las colinas aparecían tapizadas de campos cuadriculados verdes y amarillos, y hacia el norte quedaba el pueblo con sus extensas granjas. En su patria chica la tierra estaba desierta, la bruma se adentraba en los campos arenosos y el viento reseca y ennegrecía el grano. Aquí las granjas estaban rodeadas de grandes árboles verdes, y en los campos el grano se alzaba amarillo y prieto.

Malene, enorme, iba rodeada de sus niños. Se había cubierto la cabeza con el chal para protegerse del frescor nocturno. Su rostro decidido husmeaba la tierra cercana. Había que reconocer que tenía un aspecto de lo más fértil. La acompañaban Tea y Alma, la esposa de Thomas Jensen. Tea dijo que aquello era precioso, y Alma hizo un gesto afirmativo. Allí el viento del oeste no azotaba las casas. Entonces la campana de la iglesia repicó la puesta de sol. Era un buen augurio, dijo Tea, pero ¿cómo serían las gentes entre las que iban a establecerse? No era fácil saberlo. Tea estaba preocupada: ¿de qué valían las maravillas del mundo si no llevabas a Jesús en el corazón?

Adolfine se mantenía algo apartada y miraba a tierra. La puesta de sol imprimía a sus mejillas un brillo cálido, pero la flaca figura estaba extenuada por dentro. Se había mareado, se

sintió morir, y deseó yacer en el frío lecho del fiordo. Los niños jugaban en cubierta. El navío parecía un nido de gorriónes. Estaban por todas partes, en la carga, en lo alto del mástil, y el piloto se las veía y se las deseaba. Los había de todas las edades, chicas a punto de confirmarse, chicos bastante crecidos y sucios mocosos pisoteando las tablas de cubierta. Por la tarde estuvo a punto de ocurrir una desgracia. Uno de los hijos pequeños de Jens Røn trepó al bauprés y se creó una situación de peligro. El marinero tuvo que rescatarlo, mientras Tea gemía, presa de los nervios.

En la bodega no había sitio para el equipaje, y los muebles estaban apilados en cubierta. Ofrecían un aspecto extraño, pese a que todos conocían bien los viejos sofás, las camas pintadas de amarillo y las mesas marrones de pino, pulidas por el uso. Un espejo se había roto, y los cascos yacían diseminados por la cubierta y reflejaban el brillo rojizo de la puesta de sol, mientras el marco vacío mostraba su pobreza.

Ahora también los niños querían acercarse a la borda y dirigir la mirada hacia la tierra extraña. Tea se afanó en poner orden en los suyos. No iba a permitir que la avergonzaran. Para cuando la goleta echó anclas, Lars Bundgaard y Jens Røn ya estaban allí. Primero ayudaron a bajar a la lancha a Malene, quien, después de tender su mano floja a los hombres, se sentó con pesadez en popa y juntó las manos sobre su abultado vientre.

Laust Sand gritó desde el embarcadero con su aguda voz nerviosa:

—Adolfine viene con vosotras, ¿verdad?

No la había visto, ya que se encontraba detrás de las demás. Entonces ella se acercó a la borda, pero le faltó valor para hablar, con tanta gente cerca escuchando. Sacó el pañuelo y saludó con él a su padrastro. El semblante de Laust Sand se iluminó; todo iba como debía.

Desembarcar a los niños llevó su tiempo. Los pequeños lloraban, temerosos de que fueran a olvidarse de ellos, y

la lancha tuvo que hacer tres viajes para desembarcar a todos. Las madres pasaron revista a sus proles; todas tenían a los suyos. Al final formaron grupos en el embarcadero, rodeados de viejas maletas, cajas y bultos de edredones y ropa. Los hombres fueron saludando a los recién llegados. Todos estaban algo cohibidos; incluso Alma, que siempre tenía algo que decir, parecía callada y reservada. Y es que estaban rodeados de gente del lugar que los miraba embobada, y casi no se atrevían a mirar alrededor.

Anton Knopper ya había amarrado la lancha, y subió al embarcadero con el bichero. No tenía a nadie a quien dar la bienvenida, pero se acercó a dos chicos y les preguntó si se habían mareado mucho. ¿Mareado? Los chavales se sintieron ofendidos: ¿cómo iban a marearse en las aguas del fiordo? Anton no deseaba herir los sentimientos de nadie, nada más lejos de su intención, pero es que estaban tan pálidos... Así fue como salió a la luz lo mal que lo había pasado Adolfine, claro que se trataba de una mujer. Adolfine bajó la vista y deseó que se la tragara la tierra. Aquello era como ser la comidilla del pueblo.

A Anton Knopper le pareció que tenía que hacer algo. No podían mirarse unos a otros como si fueran extraños. Y al instante blandió, chistoso, el bichero. Azuzó un poco a Tea, y, aunque algo inquieto, estalló en carcajadas. Tea se defendía y gritaba, y se ruborizó por haber gritado. Anton era un payaso, ¿qué iba a pensar la gente del lugar? Pero Anton Knopper se puso de lo más juguetón; había que azuzar a todas las mujeres, y se puso a correr de un lado a otro con el bichero, como un loco. Eran tonterías, pero no estuvo mal, porque la gente que observaba sonrió ante la extraña representación, y tomó nota de que aquellas personas no se dejaban intimidar.

Mientras caminaban por la calle del pueblo, las mujeres dirigían miradas discretas alrededor. Las casas eran sólidas, y sus jardines, bonitos y bien cuidados. Tea se llenó de confianza ante aquella opulencia; pero la gente no se comportaba

como es debido. Se agolpaba en puertas y ventanas, mira que te mira. Una de las niñas pequeñas se tropezó y cayó, y Tea la reprendió en voz baja, pero también ella estuvo a punto de llorar. Vaya una manera de llamar la atención en público.

Povl Vrist abría la marcha. Todos iban a cenar en su casa. Era un hombre imponente, ancho de espaldas, con un rostro de rasgos angulosos, mirada penetrante y un hirsuto bigote castaño. Thomas Jensen llevaba en brazos a los dos más pequeños mientras hablaba a Alma de la campaña de primavera. Había sido aceptable, y ahora podría montar diez trampas más para anguilas. Thomas Jensen era un hombrecillo reposado de semblante grave y amable, de voz dulce y espíritu fuerte. Las palabras surgían apacibles de su boca, pero mostraban firmeza.

Povl Vrist vivía de alquiler en una vieja casa con jardín delantero, y tuvieron que pasar de uno en uno para no pisar los macizos de flores. Mariane los esperaba en la puerta para recibirlos. Povl Vrist les dijo que tendrían que conformarse con lo que había, que no esperasen gran cosa. Mariane era grande y vigorosa, con rasgos hermosos y alegres y recio cabello castaño. Era hija de un granjero del interior, y muy diferente a las apagadas mujeres de la costa oeste. Les dio la bienvenida en su extraño dialecto. Tanto a Tea como a Alma les pareció peligrosamente frívola, y bajaron la mirada al saludar.

—Tened la amabilidad de entrar en la sala —dijo la anfitriona con voz alegre—. Y conformaos con lo poco que podemos ofrecer. Quítate el abrigo, señora de Thomas Jensen; adelante, entra en la sala, señora de Lars Bundgaard. Debéis de estar extenuadas por el largo viaje. Los hombres llevan todo el día preocupados. Jens Røn empezaba a temer que la nave hubiera naufragado.

En la sala no había mucho sitio, pero las mujeres encontraron asiento, con los más pequeños en el regazo, y un poco de reposo no venía mal. Adolfine se dejó caer en la silla; seguía pareciéndole que el suelo se balanceaba. Los hombres habían ido en busca de edredones y ropa de cama. Mariane no tenía

un momento de descanso. Había montado en la recocina una mesa para los niños. Los pequeños iban a cenar primero. Estaban derrengados y apenas podían mantener los ojos abiertos. Las mujeres salieron de su reserva. Era evidente que Mariane deseaba que se sintieran a gusto. La sala lucía bonita, con los suelos fregados, flores en las ventanas y muchos cuadros. Las mujeres se quedaron mirando los cuadros. Desde luego, no eran nada edificantes. «Tarde de domingo en la casa del pastor», ponía bajo uno de ellos; pero aquel clérigo, con su larga pipa, parecía ser grundtvigiano. Y «Barcos en el mar», pero ni una frase de las Escrituras ni una palabra piadosa. El Salvador no era muy popular allí.

Cuando los hombres volvieron, los adultos se sentaron a la mesa. Tres chicos de pelo blanco miraban desde la cocina, pero si alguien los miraba se escabullían tras la puerta como ratones asustados. Mariane trajo la cena, y se hizo un pequeño silencio. Era costumbre entre los niños de Dios leer algo antes de comer. Povl Vrist dijo a Thomas Jensen con calma:

—Tal vez quieras recitar un verso antes de cenar.

Thomas Jensen leyó la oración del libro de salmos:

*Tú que nos das el pan de cada día
danos también tu Espíritu, Señor,
para que los unidos en la misma comida
sigamos comulgando en el mismo Amor.*

Después les costó despedirse. Venía bien pasar un rato rodeado de amigos antes de entregarse a un entorno desconocido. Anton Knopper se balanceó un poco atrás y adelante, y preguntó:

—¿Cómo van las cosas por el pueblo? Seguro que tenéis mucho que contar.

Por supuesto, las mujeres sabían muchas cosas; sobre todo Tea, que además tenía buena labia. La mujer del pastor había enfermado, y la campaña de primavera les había ido mal a casi todos. Muchos pasaron apuros para lograr el sustento.

El rostro redondo de Tea se puso serio: ella ya sabía lo que significaba aquello. Pero luego tenía que hablar de la nueva tienda que habían instalado, con prospectos y objetos de ámbar para los turistas. Todo eso eran pequeñeces, pero había ocurrido algo grande. Hizo una pausa teatral para aumentar la emoción: Anders, el herrero, se había convertido, tras reconocer sus pecados ante el Señor.

Lars Bundgaard asintió en silencio: vaya, Anders, el herrero, había encontrado el camino. Y es que de nada servía dar coces contra el aguijón.

Tea miró de soslayo a Mariane, que entraba con el café. ¿Se habría sentido aludida? Pero Mariane estaba impertérrita, y Tea suspiró y habló de reuniones y hermosas celebraciones. Los hombres escuchaban en silencio. Sí, el pueblo era el pueblo. Aquí no iban a acostumbrarse a la nueva vida como para sentirse parte de ella. El bramido del mar, la niebla que se colaba en los campos arenosos, la tormenta, la muerte y la pobreza eran viejos conocidos. Pero aquí era impensable que nadie pudiera echar raíces.

—¿Y cómo es la gente de aquí? —preguntó Malene, con un suspiro.

Todas las mujeres miraron a Thomas Jensen. Aquel hombre apacible era un guía para los niños de Dios. Thomas Jensen vaciló un poco antes de contestar.

—Las cosas no marchan como debieran —respondió—. Los hay que han encontrado la salvación, pero la mayoría están muy lejos de ella. Cuando pasas por la posada un sábado por la noche, la gente está bailando en el interior. Y el pastor... Bueno, está mal decirlo, pero lo que predica no es la palabra de Dios.

Juntó las manos e inclinó la cabeza.

—Ahora que estamos lejos de casa, debemos recordar que llevamos al Salvador y su gracia en nuestro corazón pecador.

Uno a uno, los niños habían entrado sin ruido en la sala. Los más pequeños se tumbaron en el suelo y dormían.

Era imposible levantarse sin pisarlos. A veces, alguno se despertaba sobresaltado y miraba alrededor, confuso. Pero estaban acostumbrados al canto de salmos y a los duros suelos de madera. Los adultos siguieron todavía un rato cantando salmos bajo la luz amarillenta de la lámpara del techo.

Thomas Jensen se levantó con el frío amanecer. Llevaba tiempo despierto, sin poder encontrar sosiego. Se vistió con cuidado y pasó junto a las camas donde dormían sus hijos. Una niebla fría y húmeda cubría los campos, y los animales que pastaban parecían manchas negras en medio de la blancura. Pero por todas partes se oía el dulce trinar de los polluelos en sus nidos.

Atravesó el pueblo. Gotas de rocío colgaban de los tejados de paja, y delicadas telarañas centelleaban entre la hierba del borde de la carretera. Acababa de nacer el día, y se notaba la frialdad del aire al respirar. En medio del pueblo torció por un sendero hacia la iglesia. Esta se alzaba en una colina, y Thomas Jensen estuvo un rato junto al muro, mirando alrededor. En la calma chicha del fiordo se divisaban líneas centelleantes. Junto al embarcadero se veían pesadas lanchas, barcos verdes y azules, y trampas y cajas tiznadas de alquitrán. La tierra hacia el norte era llana y estaba atravesada por zanjas resplandecientes. Thomas Jensen sintió un amargo resentimiento en su corazón. En las comunidades pobres de la costa oeste la gente tenía necesidad de consuelo. Pero en esta hermosa y rica comunidad, la gente solo pensaba en el mundo y en sus tonterías. Se dirigió a la iglesia y miró por la ventana. El púlpito, con sus tallas refulgentes, brillaba entre las paredes encaladas. ¿Tomaría alguna vez Dios posesión de su reino?

Se arrodilló ante la puerta de la iglesia y rezó. Las palabras surgían laboriosas de su boca. Pidió a Dios que bendijera al pequeño grupo que había emigrado de sus hogares a lo desconocido. Mientras rezaba, sintió que crecía su fuerza interior.

Cuando se puso de pie, el sol estaba en lo alto del cielo. De las chimeneas brotaba el humo de turba, que hería el olfato como una especia penetrante. ¡Ahora Thomas Jensen ya sabía lo que deseaba el Señor! Nunca había sentido la bendición de la gracia con tanta intensidad como aquella límpida mañana.

En el camino de vuelta a casa, saludó con amabilidad a la gente que encontraba. El Señor obra con indulgencia, pero siempre acaba venciendo. Cuando llegó a su casa, se sentó en el cobertizo a reparar trampas. Pasó todo el día trabajando. Dios ya les enseñaría el camino, eso seguro.

También Tea había madrugado, no podía estar en la cama. Se levantó y anduvo por la casa, inspeccionándolo todo. No era ninguna maravilla. El tejado era viejo, y había entrado agua de lluvia. Las paredes estaban verdes y mohosas por la humedad. En la pintura aparecían muchos desconchados, y los suelos estaban negros como el mantillo. Tea atravesó ambos dormitorios y se dirigió a la cocina y recocina. En un pequeño cuarto había todo tipo de cachivaches, zapatos enmohecidos y trapos malolientes. Los habían dejado los anteriores inquilinos. Un gato flaco se le acercó y se arrimó a sus piernas, quejoso. Lo habrían olvidado. Desde luego, vaya gente, pensó Tea, no habían pensado ni en los pobres animales. Encontró un resto de leche en una botella y se lo sirvió al gato.

Entró en la sala y se sentó en un alféizar bajo, porque no había sillas. Se sentía desgraciada y maltratada, y rompió a llorar. ¿El cambio había sido para mejor? No, la casa que tenían antes era mucho más bonita, dentro de la sencillez. Las lágrimas le resbalaban mejillas abajo. Era una cruz que le había impuesto Dios, tener que luchar contra la pobreza y la miseria. Más le habría valido morir en la flor de su juventud, aunque fuera un pensamiento pecaminoso.

Jens Røn entró adormilado y la miró, aturdido.

—Pero ¡querida Tea! —protestó.

Tea no podía evitar enfadarse con su marido, aunque sabía que no debía hacerlo. Jens Røn estaba amable y tierno en

sus calcetines grises de lana, y deseaba consolarla con palabras cariñosas. Pero Tea estaba furiosa. ¿Era acaso voluntad divina que aquel hombre fuera tan cachazudo?

—¿Echas de menos el pueblo? —preguntó Jens Røn, preocupado.

—Solo quiero la tumba, cuando el Señor lo desee —gimió Tea.

Los niños estaban levantándose. Pequeño Niels entreabrió la puerta del dormitorio y vio lo que sucedía. En un santiamén estaban los cinco en la sala. Los pequeños corrieron a refugiarse en las faldas de su madre sentada, y echaron a llorar. Lloraban a voz en grito, y de pronto Tea se calló y dijo, asustada:

—¡Shhh!! Pero ¿qué escándalo es este? ¿Qué van a pensar los vecinos, si os oyen?

Les secó las lágrimas con el pañuelo y fue a la cocina a hacer café.

Después de desayunar todos en la sucia mesa de la cocina, Tea pensó que de nada valía lamentarse. Era preferible aceptar las desgracias de la mano de Nuestro Señor sin quejarse. Jens había pedido prestados a un vecino su caballo y su carro para transportar los muebles a la casa. Los niños ya habían salido a sus extrañas expediciones. Pero Tabita y Martin, los dos mayores, debían ayudar.

Tea se arrodilló y empezó a fregar el suelo de la casa. Metía el cepillo en todos los rincones, y empezó a sudar. ¿Qué clase de personas habían vivido allí? Desde luego, no eran nada aseadas; pero ahora iba a ver la gente. Primero había que arrancar toda aquella porquería, y luego pintar, porque ella era pulcra, eso ya lo sabía. Y la pequeña Tabita lavaba las puertas con jabón como si le fuera la vida en ello.

Jens Røn llegó con los muebles. Anton Knopper lo había acompañado para echarle una mano. Tomaron café en la cocina, donde flotaba el perfume del jabón, y escucharon lo sucia que estaba la casa. Anton Knopper tuvo que ir a la sala a

comprobar cómo se amontonaba la suciedad en los rincones. Pero estuvieron de acuerdo en que Tea era un hacha que sin duda lo dejaría todo resplandeciente.

—Debiste de nacer un día de tormenta, por lo que te gusta el agua —bromeó Jens Røn, y Tea hizo ademán de darle un puñetazo cariñoso en las costillas. El trabajo había hecho desaparecer la tristeza de Tea. Anton Knopper era presa de auténtica admiración.

—A eso lo llamo yo trabajar —la felicitó—. Desde luego, no paras quieta.

Eran palabras reconfortantes. Los pequeños cuartos estaban más o menos limpios, y a Tea le parecía que ahora la casa lucía más animada. Se arrepintió de haberse ofuscado tanto, y analizó su fuero interno. Era por su temperamento estricto. Estaba dispuesta a reconocer que en su interior no había mucha bondad, y no había sido una buena esposa para Jens Røn. La gente no andaba descaminada. Muchas veces dejaba a su marido e hijos sin atender mientras tomaba café en casa de las vecinas. Pero buscaba el reino de Dios con humildad, franqueza y rectitud, aunque tenía sus defectos y era una pecadora. No obstante, poniendo al cielo por testigo, prometía que en adelante todo iba a ir mejor. Iba a desterrar las malas costumbres, y se conmovió al pensar en lo buena que iba a ser para con su marido e hijos. Fiel en cuestiones grandes y pequeñas. Así deseaba Tea que fuera el futuro.

Colgó las cortinas y colocó los muebles en su sitio. Jens Røn tuvo que dejar las trampas y ayudarle con los trastos más pesados: el armario, las camas y la cómoda. Los muebles presentaban un aspecto extraño en sus nuevos emplazamientos. Era como si no se sintieran del todo a gusto. Tea acarició el viejo banco pintado de marrón. Cuántas veces se había sentado allí con buenos amigos. Pero después de colgar las frases bíblicas enmarcadas —«Dios bendiga tu paso por esta puerta» encima de la entrada a la sala, «Decid sencillamente sí o no» encima del banco, y «Jesús» y «Gracia divina» en el dormitorio—, Tea

volvió a sentirse como en casa, y tuvo que dar gracias a Dios, que proveía por todo. ¡Qué bien quedaba encima de la cómoda la jarra para el chocolate con sus adornos dorados! ¡Y los cuadros de la pared con sus brillantes marcos!

Encontró tiempo para echar un vistazo al pequeño jardín delante de la casa. Algún día tendría que adecentarlo. Ahora estaba invadido por la hierba y la cizaña. Qué poco apreciaba la gente los regalos divinos. Recordaba que, cuando era niña, tenía en el jardín un pensamiento amarillo, y que todas las noches lo cubría con un tiesto para protegerlo de la bruma del mar y del frío nocturno. De todas formas, se murió. Pero aquí metías un palo en la tierra, y echaba raíces. Era algo evidente.

Los niños llegaron a casa, les dio de cenar y los acostó. Pero antes tuvieron que tocar los muebles y aspirar el olor a limpio. Cuando los niños estuvieron bien arropados en el cuartito, mandó a Tabita al cobertizo para preguntarle a Jens Røn si no habría que invitar a Anton Knopper a tomar café. Al fin y al cabo, les había ayudado.

—¡Qué bonito has dejado todo, Tea! —exclamó Jens cuando volvió con Anton Knopper.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Tea, adulada.

Claro que lo decía en serio. Jens Røn siempre se asombraba de lo hábiles que eran los demás. Y Tea poseía riqueza espiritual, pero también manos diestras. Él, por su parte, era bastante torpe.

Tea suspiró, satisfecha; también a ella le parecía que había quedado bonito. Pero pensaba en otra cuestión importante. ¿Cuánta gente creyente había allí?

—No son muchos, no —explicó Anton Knopper.

—¿Y el pastor?

El semblante candoroso de Anton Knopper se ensombreció. Del pastor era mejor no hablar. Estaba muy lejos del verdadero camino. Pero, por lo demás, había mucha gente buena. El semblante de Anton Knopper se iluminó. Podría lograrse

una buena cosecha cuando Dios estimara que había llegado la hora. Bien mirado, era un buen sitio.

Pero entonces Tea se puso bromista: ¿Anton no se había echado novia?

Anton Knopper sacudió la cabeza; la verdad era que nadie lo quería. A no ser que estuviera esperando a que Tabita creciera. Tabita hizo un gesto de rechazo con la cabeza, no quería saber nada de aquello. Pues si ni siquiera podía conseguir una pelirroja, dijo Anton Knopper, tendría que pasar toda la vida soltero.

Tabita estuvo a punto de echarse a llorar porque se reían de su pelo rojo. Anton Knopper se afanó en remediarlo. El pelo rojo era de lo más bonito que conocía, y en las grandes ciudades algunas mujeres se teñían el pelo de rojo para estar a la moda.

—A ti nunca te ha hecho falta eso —dijo Jens a Tea.

—No deberías compararme con esa clase de mujeres —contestó Tea, ofendida.

Pero Jens Røn se puso jovial. Al fin y al cabo, estaban pasando un rato entrañable tomando café. Anton Knopper tuvo que oír cómo lo perseguía Tea antes de hacerse novios. Ella recaudaba para la Misión Oriental,² y no lo dejaba en paz. Siempre aparecía con la lista de colaboradores en la mano, y al final Anton Knopper tuvo que proponerle matrimonio; de otro modo, habría ido a la quiebra.

—Cómo puedes decir esas cosas. —Tea enrojeció. Anton Knopper iba a creer que era verdad.

Jens Røn aseguró que era cierto, y le hizo cosquillas con cuidado a Tea, que se retorció, afectuosa; pero luego pensó que era una frivolidad.

—Venga, Jens, no hagas el tonto —lo amonestó con dignidad.

² *Østerlandsmissionen*: comunidad misionera danesa que desplegó su actividad en varias ciudades de Siria desde finales del s. XIX hasta que, a partir de 1946, año de la independencia del país, su actividad empezó a decaer.

Llamaron a la puerta. Lars Bundgaard y Malene venían de visita.

—Veníamos a ver cómo había quedado la casa. Está muy bien, pero la verdad es que nuestros maridos han alquilado unas casuchas bastante destartaladas.

—Así es —suspiró Tea—. Pero debemos tomar las cosas como vienen. Hay cuestiones más importantes que esa.

A Malene se le hacía extraño estar en una casa distinta. Tendría que acostumbrarse. Lars Bundgaard había pasado el día arrastrando muebles y armarios y colgando cortinas con elegantes pliegues. Malene se deshacía en elogios. Su marido tenía unas manos tan diestras que a ella no le quedaba otro remedio que sentarse a mirar.

Tea volvió a hacer café, y el tema de conversación recayó en Povl Vrist.

—Es un hombre bueno —dijo Jens Røn—. Tan servicial que es excesivo. Y un buen pescador. Es de los que caen bien a todo el mundo, y podéis estar seguros de que más pronto que tarde va a convertirse en un hombre grande, tal vez en el consejo parroquial, o en la cooperativa.

—Pero en la viña...³ —comenzó Lars Bundgaard con voz grave.

—Ya —respondió Tea en voz baja—. Aun así, os diré una cosa: creo que Mariane tiene mala influencia sobre él.

Permanecieron un rato en silencio. Desde la carretera llegaban risas y pícaras voces de chica. Lars Bundgaard dijo:

—Aquí hay muchas cosas que deberían cambiar. Los jóvenes no piensan más que en bobadas. Están todas las noches mirando la carretera, fumando cigarrillos y tonteando con las chicas. Bueno, no hay que juzgar, pero creo que es por el pastor, que no hace su trabajo. Ha organizado una asociación de jóvenes, hacen las reuniones en el centro cívico. Y después muchas veces bailan.

³ Referencia a la parábola de la viña del Señor (Mat 20, 1-16), aplicada aquí de forma más general en el sentido de trabajar para Dios.

—¿Bailan?! —exclamó Tea, escandalizada.

La sala estaba en penumbra, y el frescor vespertino se colaba por la ventana abierta. El macizo de jazmín despedía un aroma intenso, y Tea tuvo que cerrar la ventana. Malene, grande y amorfa sentada en la butaca, se fundía con la oscuridad. Solo se oía su pesada respiración.

Tea dijo que no estaba bien que tus propios hijos fueran a acabar así.

—Ya se encargará Thomas de cambiar eso —opinó Lars Bundgaard.

Respiraron, aliviados. Sí, Thomas Jensen conocía la solución. Era muy discreto siempre, pero Dios guiaba sus pasos. Nadie había oído nunca que Thomas hiciera nada malo. Era apacible, pero una llama ardía en su interior.

Thomas Jensen terminó sus labores y cenó. Alma quería acostarse temprano, y Thomas se dio un paseo hasta la casa de Laust Sand. Laust estaba cenando en la cocina cuando llegó Thomas.

—¿Llego en mal momento? —preguntó.

—No, no —respondió Laust con su sonrisa cansada—. Adelante, bienvenido. Siéntate en una silla y tómate un café.

—Bueno, ya estamos aquí con nuestros bártulos, Laust Sand —dijo después de que Adolfine sirviera el café.

Laust titubeó un poco.

—Nos hemos traído lo bueno, y seguro que lo malo nos pisa los talones —contestó en voz baja.

Thomas Jensen no supo qué decir, pues Laust solía ser presa de dudas religiosas. Se puso a hablar de la pesquería: había que tener preparadas las trampas a tiempo. Se echó a reír. Uno de los pescadores del fiordo había estado en su casa y vio sus grandes trampas nuevas. El hombre se quedó asustado. Aquí estaban acostumbrados a aparejos pequeños y anticuados.

Laust Sand se reanimó. ¡Los pescadores del fiordo! En cuanto levantaba un poco de viento ¡les daba miedo salir! Deberían probar la costa oeste con mar gruesa.

El cielo estaba tachonado de estrellas cuando Thomas Jensen regresó a casa. Había luz en las granjas, y tras los portones y setos se oían cuchicheos y risas.